

# Los Generales de Castro—II

**P**or su parte, “Mirringa” se encontraba dedicado casi totalmente a sus negras con olor a aceite de hígado de bacalao y en lugar del teniente Ruíz, enviaron a un capitán, también “político”, pero con ideas más sociables que socialistas, lo que le sirvió para cosechar rápidamente el afecto de todos los oficiales “combatientes” de Angola. “Mirringa” y el nuevo capitán trabaron una grata amistad y hasta compartían las negras del “general burócrata”, como ahora se llamaba a sí mismo “Mirringa”.

En poco tiempo había crecido una relación de camaradería entre ambos oficiales que fue acentuada a partir de la noche en que el general arriesgó su vida para salvar la del capitán, en una oportunidad en que se dirigían hacia la casa de la “Negra Tomasa”, una matrona que se dedicaba a conectar a las mejores negras angoleñas con los oficiales cubanos.

Aquella noche habían salido ambos del campamento y caminaban jovialmente por las calles de Luanda, cuando un jeep de fabricación soviética se abalanzó sobre ambos soldados con la intención de eliminarlos. “Mirringa” se interpuso entre el vehículo y su compañero, abrazándolo y tirándolo al suelo, mientras recibían una ráfaga de ametralladora AK-47, que milagrosamente no alcanzó a ninguno de los dos hombres. De haberlo hecho, el general hubiera recibido la metralla, debido a que se encontraba sobre su amigo que yacía en el asfalto de la carretera. Esa noche la disfrutaron más que nunca, agotando las provisiones del vodka que “Tomasa” mantenía en sus neveras, el cual procedía de las bodegas del Ministerio del Interior de Angola y había sido obtenido de forma ilegal, gracias a la corrupción de los funcionarios angoleños que habían implementado en corto tiempo un fructífero mercado negro.

El capitán Pedrito León era un hombre que proyectaba una interesante personalidad. Hablaba cuatro idiomas y poseía un gran repertorio de anécdotas sobre sus viajes a los países del bloque soviético, en la Europa Oriental. Jamás se jactaba de su influyente posición

en el partido y como cosa extraña, solía criticar el sistema de tanto en tanto. Estaba siempre dispuesto a cualquier fiesta espontánea que se inventara y nunca se imponía sobre los demás compañeros, lo que lo convertía en el “camarada” perfecto.



No había pasado un mes cuando “Mirringa”, al igual que los ocho restantes generales cubanos que servían en Angola, fue convocado a lo que se podría llamar el “Ministerio de Guerra Angoleño”, un edificio casi en ruinas que había pertenecido a un terrateniente portugués de la época de la colonia y conocido con el nombre de “C-3”. Esa noche, el general Modesto Trelles y su amigo, el “capitán político” León, tenía una de sus ya famosas citas en casa de la “Negra Tomasa”.

– Tenemos que aplazar la fiesta de esta noche...  
– Le dijo “Mirringa” al capitán León en un tono que denotaba gran decepción.

– Hemos sido convocados a una reunión urgente en el “C3”. Ojalá me manden de nuevo a la acción, lo que tendríamos que celebrar con el mejor vodka de Tomasa.

El capitán se limitó a encogerse de hombros y comentó indiferentemente: – De

cualquier modo habrá algo que celebrar. Nos veremos mañana aquí, en el dormitorio. – Dio media vuelta y salió rumbo al primer bar que encontrara en su camino hacia la “Negra Tomasa”, dispuesto a hacer uso de las dos morenas contactadas por la eficiente matrona.

– El alto mando militar ha decidido trasladar inmediatamente a Cuba a todos sus generales – comenzó diciendo tajantemente y sin rodeos el cónsul Cápiro.

Orlando Cápiro era un funcionario que pertenecía a la vieja guardia comunista de Cuba. Había servido más como agente de la seguridad cubana que como diplomático en una docena de países de América Latina. Era un individuo seco que tenía fama de solitario. Le dedicaba más de diez horas al día a su trabajo como primer cónsul de Cuba en Angola y jamás se le vio compartir las consuetudinarias fiestas que montaba la alta oficialidad cubana en aquel país, ni las que daba el cuerpo diplomático acreditado en Luanda.

– Todos y cada uno de los generales aquí presentes serán congregados a primera hora de la mañana en el cuartel general, hasta que reciban instrucciones más específicas. Queremos agregar que estarán incomunicados del resto de la oficialidad hasta que dejen el país, que será en cualquier momento a partir de ahora.

La reunión terminó sin derecho a aclaratorias. El cónsul salió del recinto con el mismo dinamismo con el cual entró. Los desconcertados generales estaban incapacitados para hacer comentarios. Había sido para ellos una sorpresa el recibir órdenes tan repentinas de dejar la acción. No faltaron, entre el grupo de los nueve generales, quienes sintieran un escalofrío aterrador. Otros se despidieron de los planes de desertión. Para “Mirringa” había sido el fin de una aventura que disfrutó a cada momento. Se preguntaba qué le aguardaba en Cuba. Había experimentado un poder que iba más allá de la lucha armada. Al igual que el resto de los generales, se sabía querido y admi-

Adquiera hoy el libro

## “Regresando del Mar de la Felicidad”

la comparación histórica de dos procesos muy parecidos, pero totalmente distintos...

**Una obra de Robert Alonso**

rado por sus tropas, cosa que jamás logró en la Cuba sedentaria de la cual había salido hacía ya casi dos años y a la cual no quería regresar tan pronto.

Pasó esa semana y la siguiente y aún los generales vegetaban en los mugrientos y calurosos muros del cuartel general. Salvo la buena comida y una que otra emborrachada, el tiempo pasado en aquel absurdo acuartelamiento era frustrante. La total incomunicación les intrigaba cada día más. Algunos hablaban de medidas de seguridad exageradas. Otros hacían conjeturas sobre éste o aquel tratado internacional, que ameritaba esconder a la oficialidad cubana en Angola, para dar la impresión de que habían sido retirados del país. “Miringa” añoraba los ratos agradables que pasaba últimamente en compañía de su camarada, el capitán León. Al comenzar la tercera semana de encierro, los generales comenzaron a destaparse entre ellos mismos, reuniéndose y comentando sobre los errores de aquella guerra. Con los días, el descontento crecía entre cada uno de aquellos hombres de acción, que se veían enclaustrados en la inactividad, sobre todo cuando sabían que más allá de los muros se estaban librando batallas sin la dirección de ninguno de ellos.

Los generales se dividieron en varios grupos de acuerdo a la compatibilidad de cada quien con su compañero. Una noche se reunieron todos con el fin de analizar la absurda situación. Había en el ambiente una densa atmósfera de descontento que le daba a aquella junta un carácter conspirativo.

El primero en hablar fue el General Evelio Tio, el oficial con mayor antigüedad en el grupo y en Angola, quien se había convertido en el líder natural de aquellos desconcertados hombres de guerra.

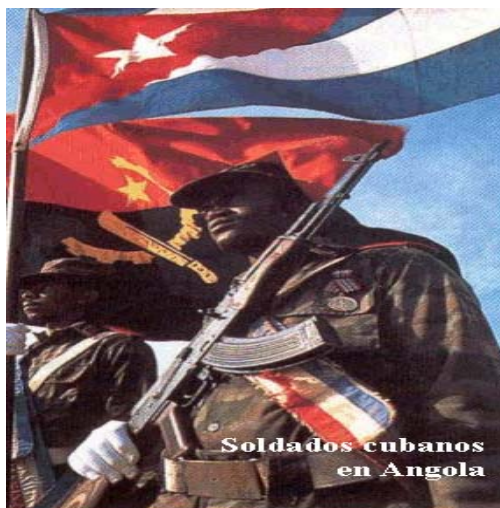
– Tenemos que tomar una decisión sobre nuestro encierro, creo, y estoy seguro de que será la opinión general que tenemos todo el derecho a ser informados sobre esta orden, la cual hemos recibido verbalmente de boca de un civil. Estimo que hemos ido más allá de nuestro deber y nos encontramos subordinados ante un organismo que no debería tener inherencias sobre la militancia del ejército.

Hasta ese momento las miradas de los demás generales estaban fijadas en el hombre que tenía la osadía de hacer públicamente tan peli-



Luanda

groso análisis. Aunque se tratara tan sólo de una audiencia de ocho colegas. Era la primera vez que se aceptaba abiertamente el ánimo que había acompañado a todos y cada uno de los generales allí presentes. Era como una aseveración del poder militar con que se sentían aque-



Soldados cubanos en Angola

llos oficiales que habían dirigido a más de trescientos mil soldados en una de las guerras más crudas y difíciles de la era militar moderna. Lo que salía de los labios del General Tio era, más que una insubordinación, una clara y llana

conspiración.

– Nosotros hemos llevado adelante el peso de esta guerra. Hemos experimentado lo que ningún oficial de la historia de Cuba ha tenido oportunidad de experimentar. Hemos dirigido grandes contingentes de soldados por las selvas de este condenado país y hoy nos encontramos como corderitos entre los ladrillos carcomidos y el barro de este decadente cuartel. Yo no seguiré más órdenes de agentes disfrazados de diplomáticos. Por mi parte, exigiré un mejor trato y una digna participación en el forjamiento de esta historia que vaya de acuerdo con nuestra investidura militar.

Lo que siguió a este improvisado discurso del General Tio, fue aún más comprometedor para todos los generales allí presentes. Al final, cada quien tomó la palabra y la reunión se convirtió en una pequeña asamblea con carácter más bien político, que podría confundirse con el nacimiento de un nuevo movimiento conspirativo, de incommensurables consecuencias. En aquel pequeño y asqueroso salón del cuartel general de Angola, estaban reunidos los hombres más poderosos del ejército de Castro. Soldados capacitados para dirigir cualquier empresa armada en cualquier rincón del mundo y lo que era más importante: generales que arrastraban, entre todos, un contingente de experimentados soldados de la Cuba comunista.

A pocos metros del cuartel general se encontraba un oficial político escuchando todas aquellas conspiraciones, mientras se grababan en un sofisticado aparato de fabricación soviética. Ya había oído más que suficiente cuando consultó su reloj. De repente se acordó de su cita en casa de la “Negra Tomasa”. Dejó los audifonos en la mesa al lado del grabador y se atragantó con un buen trago de vodka. Mientras salía de su oficina, recordó con cariño las fiestas con su compañero “Miringa”, a quien había dejado de ver hacía exactamente tres semanas y dos días y con quien no tuvo oportunidad de “celebrar” los resultados de aquella urgente reunión en el “C3”. El capitán León se echó una última mirada en el manchado espejo de su oficina y salió del edificio rumbo al encuentro con las negras de “Tomasa”, mientras el grabador continuaba su misión...

**Deli's Dan**  
**BAKERY**

Si lo que busca es una panadería venezolana de verdad-verdad, entonces no se desvíe:  
 12758 SW 88 St - Kendall, Fl 33186 305 408.3838  
*Lo Mejor en Calidad y Sabor de Kendall*